

LA PRIMERA VEZ QUE SUPE QUE EL MUNDO ERA PEQUEÑO*

Juan Carlos Francisco Estrella R.



MANECIA. Los rayos del sol sol se colaban por las cortinas de las ventanas, llegando hasta mí y despertándome. Esto no ocurría siempre, todo dependía de mí, pero era sábado y todo era especial. Hoy no tendría que soportar a mis maestros, tendría más tiempo para hacer las tareas; en fin, hoy es mejor.

Entre todos estos pensamientos, me quedé semidormido de nuevo, ya los rayos de sol filtrados formaban figuras de incomprensible significado. De repente, fui despertado de nuevo por el ruido de camiones y trabajadores que pasaban siempre a sus labores por las calles de mi pueblo natal. Siempre iban comentando con gran alboroto sus hazañas del viernes por la noche. Yo no tenía nada que contarle a nadie, excepto de una cena con mi familia, una broma de mi abuelo, oír las conversaciones de los demás. La vida en un pueblo, para un niño, no tiene mucho que contar.

Mi casa de niñez siempre era tranquila; hoy, buscando paz, todavía cierro los ojos y trato de respirar el aire de aquel pequeño patio donde había una generosa mata de cerezas.

Hoy, el ambiente se notaba especial. Había más limpieza de lo normal, la mesa estaba puesta de una manera especial. Esto era raro para mí, porque todavía no sabía qué significaba esto, con qué lo podía relacionar. Pero lo aprendí todo en un

*Cuento que obtuvo el Premio de Humanidades "Joaquín Salazar".

instante, cuando mi abuela le decía a mi madre cómo era el plato favorito de Agustina. En un segundo comprendí cuál era el significado de aquellos cambios: Era que Agustina, la amiga de mi madre, vendría a comer hoy a nuestra casa.

Agustina era algo diferente de las otras amigas de mi madre. Era un poco, bastante quizá, mayor que ella; tenía una hijita muy hermosa; también su marido era alguien muy culto e inteligente que desde hacía muchos años había abandonado el pueblo para desempeñar un cargo diplomático en el exterior.

Además de esa niña hermosa, que quizá fue mi primer amor sin ella ni yo saberlo, Agustina tenía un hijo de 17 ó 18 años que había muerto. Quizá Agustina era especial para mí por eso; a veces la miraba de arriba a abajo no sé con qué intención, quizá queriendo encontrar una marca, alguna cosa que dijera el destino de su pobre hijo. A nadie más conocía que se le hubiera muerto un hijo que pudo ser amigo mío. Mi madre también tenía un hijo, que era yo, ¿y si yo hubiera sido el hijo de Agustina? Todo esto lo pensaba mientras me imaginaba a Agustina, hasta que algo me traía de nuevo a la realidad.

En eso, como de costumbre, volvía a caer en la realidad, luego de pensar tanto. Mi madre, al verme despierto, me cogió entre sus brazos, me daba un beso, mientras me decía que me bañaría y vestiría bien, porque vendría a comer Agustina.

Sentía al oír esto cierta satisfacción. Aparte de que comería algo especial, me dejarían comer más postre de lo normal y a veces mi abuelo hasta me daba un trago de su café, y disfrutaría de la compañía de María, la hijita de Agustina. Pensaba que volvería a ver a Agustina; hoy tendría largos momentos para buscar aquella señal, aquella clave que me dijera todo de Agustina, esa clave que quizá no existía, porque todo estaba en mí, porque todo era, tal vez, subjetivo.

Ya estaba vestido, otra vez; no había sentido pasar el tiempo que saltaba vertiginosamente por sobre mi pequeña vida y por eso quizá encontraba yo tan largo el año que transcurría entre la entrega de regalos del niño Jesús, entre una Navidad y otra.

De repente mi madre me depositaba en el suelo.

Inmediatamente comprendí que los invitados llegaban. Sí, era eso; habían llegado Agustina, su esposo y María, mi tierno amor.

Hacía mucho tiempo que no los veía. Desde aquella vez que cumplí mis seis años no había vuelto a estar con María, ni con su madre Agustina. Recuerdo dulcemente cuando, antes de soplar las velitas de mi pastel, había agarrado la manita de María y juntos soplamos las velas al compás de una canción que entonaban los demás invitados.

Todo eso lo pensaba mientras me dirigía hacia la puerta, detrás de mamá. Sorpresivamente con quien me topé fue con María y por primera vez en mi vida me sentí hipnotizado, paralizado. Por primera vez sentí que era otro, que todos los objetos que me rodeaban y todo lo que podía percibir, pensar, opinar se transfiguraba, adquiría otro sentido. Momentáneamente nos habíamos convertido cada uno de los dos en un cupido diferente, disparando sobre nosotros mismos unas miradas como flechas que nos habían dejado congelados y como totalmente inmóviles en el tiempo que transcurría en ese momento.

Todo esto para un niño de seis años era muy extraño, cosas nunca sentidas, pero sin embargo recuerdo que en aquella época me habían producido lo que hoy se llama *déjà vu*.

Ese momento de mi existencia se interrumpió con el saludo de Agustina, quien me besó la mejilla y me decía que estaba muy grande. Recuerdo sus palabras pero no les di ninguna importancia, porque desde que vi su rostro me lancé a la búsqueda de esa señal, de esa marca en su cara o en sus manos, que me dijera lo de su hijo.

Me pregunto ahora por qué buscaba yo esa marca en la cara o en las manos de Agustina, por qué no las busqué en sus brazos, su espalda, su manera de hablar, pero era exactamente en una de esas dos partes de su cuerpo.

Luego del saludo de Agustina, recuerdo que María me pidió que le enseñara mis juguetes nuevos; y ahí precisamente radicaba lo especial de ella. Mis juguetes todos eran juguetes muy masculinos, es decir, guantes y pelotas, pistolas, trenes. Me refiero a masculinos, a juguetes que verdaderamente sean para

un niño varón. Pues lo peculiar en ella era que podíamos jugar con mis juguetes “masculinos”, sumergidos en una especie de olvido, de indiferencia de que yo fuera varón y ella hembra. Como si no existieron los sexos, como si fuéramos hermafroditas o una especie de seres sin diferenciación sexual que se reprodujeron por partenogénesis; además, sin que ella perdiera su condición de niña, de mujer.

Todo eso lo recuerdo ahora y también recuerdo las tardes que pasamos jugando al policía y al ladrón, corriendo por el patio horas enteras. Me viene la imagen de un día que ella cayó de cansancio en el suelo, justo debajo de la mata de cerezas; había varias cerezas en el suelo, ella tomó una, la más roja, hermosa y madura, y la mordió como una pequeña manzana, y me la presentó delante de mi cara como ofreciéndome; yo asentí con el gesto y ella con sus sanas manitas la depositó en mi boca, como si asumiera el papel de Eva, una Eva ideal, sublime, universal. Una Eva que podría morder mil cerezas más y que tantas veces también sería perdonada por Dios, porque entre nosotros no existía sexo, no había diferencia alguna, ni pecado ni moral.

Al instante mi nana nos llamaba para decirnos que fuéramos a tomar nuestro alimento. Al llegar a la casa noté que Agustina y mi abuela hablaban de algo importante, apartadas de todo el grupo en un rincón de la casa. A pesar de mi edad, ya yo, por los gestos de Agustina, sabía que se trataba de algo importante; sabía intuir por la expresión de la cara, los gestos de las manos y las plegaduras del rostro, el matiz o la envergadura de una conversación, olvidándome momentáneamente de María.

La conversación no la recuerdo al pie de la letra; sólo me viene a la mente la historia de uno de los cuadros que había pintado el hijo de Agustina.

No sé por qué yo había manifestado tanto interés en el hijo de Agustina. Entre las cosas que más sobresalían para mí del pobre muchacho era su condición de pintor. Desde pequeño, en mis primeros años escolares, me habían enseñado a dibujar o mejor dicho “colorear” libros que ya venían previamente para

eso. Yo admiraba a algunos de mis compañeros que, además de elegir colores adecuados y casi perfectos, no se salían de los límites del dibujo cuando usaban los lápices para colorear los espacios. Pero sentía particular interés en aquellos condiscípulos que sabían escoger el color perfecto para darlo a las partes anatómicas del dibujo, porque era muy difícil y casi ninguno de nosotros sabía dar el color "carne", o de la piel, por decirlo así.

Quizá de esas experiencias venía mi curiosidad, mi atracción hacia los pintores. El primer pintor que conocí u oí nombrar fue el hijo de Agustina. Se trataba de un tipo introvertido, introspectivo, peculiar, raro, y aparentemente difícil de establecer una amistad con él. En el fondo, además de ser el hijo de Agustina y el hermano de María, quería conocerlo para que me enseñara a dar el color "carne" y ser así admirado y querido por mis compañeros.

Había oído yo hablar de un cuadro pintado por él. Un cuadro que nunca quiso vender ni regalar; inclusive lo guardaba sólo para ciertas personas como el poeta que escribe cosas muy íntimas y las reserva para quienes fueron escritas o para personas muy queridas por él.

El asunto es que en uno de los viajes de la familia de Agustina al exterior, la casa fue asaltada. Además de muchas cosas valiosas de la casa, también el cuadro del joven pintor fue robado.

Al llegar del viaje y darse cuenta de la catástrofe, el hijo de Agustina entró en un estado de depresión tan intenso que le fue muy difícil superar la crisis y estuvo al punto de una neurosis. Nuestro pintor era un joven de vida espiritual, era delgado, alto, nariz perfilada y una mirada profunda que parecía llegar a lo más íntimo.

Uno de los temas preferidos para sus obras era el mar, del cual unos meses más tarde fue víctima. Al hacer memoria me doy cuenta de lo extraño de su trágico accidente. Agustina decía que pudo haberse salvado porque la corriente que lo arrastró no era tan fuerte, y con un esfuerzo, una persona cualquiera hubiera logrado salir.

A mí me parece que él no se suicidó, sino que en un

momento así no puede haber indecisión: él quería salvarse, pero a la vez se sentía atraído por el fondo del mar, como si a través de él pudiera encontrarse de nuevo con su obra perdida.

Agustina sospechaba algo de ésto; se daba cuenta de lo deprimido que estaba su hijo unos días antes de la tragedia, pero no se le ocurrió hacer algo y ésto la hacía sentirse algo culpable.

Pasaron los años y Agustina se recuperó. Solo había algo que la tenía un poco alterada y desgastada; ella había hecho lo imposible por recobrar el cuadro de su hijo, pero todo era en vano. Yo me acuerdo de los sueños de Agustina; ella esa tarde se los contaba en el rincón de la casa a mi madre y a mi abuela; yo me encontraba allí oyendo a Agustina ensimismado y profundamente concentrado en sus palabras, su gesto, todo lo de ella, tratando de encontrar algo que me lo dijera todo, me lo explicara todo acerca de esa mujer tan llena de incógnitas, tan particular para mí como era Agustina.

Mi abuela y mi madre escuchaban atentamente las profundas penas de Agustina; tanto así que tuvo que acudir a un psicoanalista a quien le confió sus tristezas y sus sueños.

Con mucha intensidad me acuerdo de uno de los sueños que contaba aquella tarde nuestra querida amiga. El sueño consistía en que ella caminaba por la playa pensando en su hijo, en aquel cuadro perdido, en su culpa. Ese era uno de los sueños que más se repetían noche tras noche, pero para sorpresa de todos y de ella, descubrió que el paisaje de la playa donde ella se veía caminando no era más que el paisaje de aquel cuadro perdido.

El sueño continuaba noche tras noche, y un día Agustina se vio arrojándose al mar sin quitarse las ropas, sumergiéndose en el mismo paisaje del cuadro. Ella admitió que eso le pasaba en las noches posteriores al descubrimiento de que ese litoral no era más que el mismo del cuadro de su hijo.

Mi madre interrumpió la conversación y le preguntó a su amiga la opinión del psicoanalista. Agustina dijo que ella se sumergía en el mar, en el paisaje del cuadro de su hijo porque creía que a través de esas aguas encontraría aquel cuadro tan buscado y aún más, ella creía que en las aguas del cuadro

encontraría a su único hijo varón. Tan profunda era la pena de Agustina, que su mente tuvo que recurrir a esos mecanismos para poder así atenuar, canalizar la ansiedad y la tristeza.

Agustina seguía con el relato diciendo que, después de todo aquello, habían pasado dos años y que ella pensaba que el mundo, aparentemente, a veces nos resultaba grande, pero que verdaderamente era pequeño y aun así difícil de vencer y sobrevivir en él.

Respecto a mí, no sé qué clase de frase fue aquella, pero a mí también, en mi vida, produjo grandes cambios y avances. Esa frase sobre la pequeñez del mundo, a medida que fui creciendo, se convirtió en la oración o la proposición más importante de mi vida, y fui concibiéndola de diferentes maneras a medida que pasaban los días. Al principio me imaginaba, a través de mis clases de geografía, que el mundo tal vez cabía en mi mano, y hasta una de las cosas que llegué a pensar con un poco de preocupación (y ésto sólo cabe en la mente de un niño), era que el mundo al ser tan pequeño tal vez podía perderse como se pierde una canica o un centavo.

“El mundo sí es pequeño”, era la frase de Agustina, y ella lo decía con más razón que nadie. Nuestra amiga relató esa misma tarde que luego de mover cielos y montañas para recuperar el cuadro de su hijo, todo había resultado en vano. Pasó el tiempo y Agustina se resignó totalmente a una vida sin su hijo, sin cuadro y sin sueños con mares. Y en esos días, en que todo había terminado, fue invitada a una cena benéfica que además era una subasta. Cuando iban a subastar el último objeto que estaba cubierto por un lienzo, nadie quería ofrecer nada. El público mandó a descubrir el objeto para ver hasta cuánto podían llegar sus ofrecimientos. Los organizadores accedieron y destaparon el objeto.

Yo era muy pequeño aún cuando oí el relato por primera vez, pero supe que había una posibilidad muy grande de que ese objeto fuera el cuadro perdido.

Efectivamente, al quitar el lienzo de arriba del objeto, Agustina se estremeció al ver el cuadro y sintió en un pequeño segundo que de nuevo volvería a vivir, a ver todo igual que

antes, que ya no necesitaba sueños, mientras dormía, para ser feliz. Y yo comprendía aún más lo que era la pequeñez del mundo y por qué Agustina decía aquello del mundo.

Desde aquel momento yo empecé a ver en Agustina algo muy conocido, como una cosa totalmente transparente y que no tiene secretos. Ya se había atenuado mi búsqueda en la persona de Agustina.

Luego del relato, todo el mundo quedó sorprendido pero no porque todavía no habían aprendido que el mundo era pequeño (ellos lo comprendían), sino porque en realidad lo que le ocurrió a Agustina era verdaderamente peculiar y especial.

En aquel grupo tan querido, María y yo éramos los únicos que no teníamos nada que contar que avalara el concepto de la pequeñez del mundo. Todos habían hecho un relato acerca de ellos o de alguien en que las distancias del globo terráqueo habían quedado muy pequeñas en comparación con la casualidad, la coincidencia o el azar.

Ahora yo pienso en lo rápido que pasó el tiempo sobre mi vida y aquella intensa búsqueda que yo desarrollaba para encontrar aquella experiencia o vivencia del destino que me eligiera a mí para demostrarme que el mundo era pequeño.

Sí, yo podía comprender lógica y fríamente que el mundo era pequeño, pero eso no era algo para mí, no significaba nada en mi vida.

Yo podía deducir que a medida que pasaba el tiempo en mi vida, como sobre el mundo, éste iba siendo cada vez más pequeño para mí. Tanto comprendía esto, que sabía que mientras el tiempo pasaba por mi vida, yo aprendía más, y por lo tanto, el mundo ya no era tan misterioso. Yo sé por qué llueve, por qué las plantas son verdes, por qué el día, por qué la noche. Mis conocimientos y mi madurez me ponían al ritmo del mundo y su evolución. Además el tiempo pasaba sobre el mundo. La ciencia y la tecnología acortaban la distancia entre dos puntos con los avances en comunicaciones como la radio, el teléfono, los aviones supersónicos, etc. Todo eso se mezclaba y el mundo se iba haciendo mucho más pequeño debajo de mis pies.

Así pasó mi vida.

Al llegar a los quince años aproximadamente, otra idea me empezó a ocupar mi mente y esta vez no sólo ella, sino también mi corazón. Prácticamente estaba obsesionado con la idea de encontrar una mujer, una Eva perfecta, y hasta ese entonces no la había encontrado. En ese sentido el mundo no había sido pequeño para mí; al contrario, tal vez era más grande de lo que era en verdad. Tal vez por no encontrar mi otro yo en el cuerpo de una mujer, yo no podía aceptar la pequeñez del mundo, aunque yo comprendía ésto muy bien, pero vivencialmente no me hacía sentir nada.

Pasó el tiempo, dejé de pensar en mi Eva no encontrada y hasta llegué a dudar de que el mundo fuera pequeño. Todo aquello quedó sepultado como si enterraran un vivo; aquel pasado estaba latente en mí, aprisionado como un resorte que en cualquier momento estallaría; pero, como quiera, ya estaba en el pasado.

María siguió siendo muy bella y creció así, nos seguimos tratando sin perder aquella relación tan particular que había entre los dos.

Recuerdo que yo nunca le hablé de amor, ni de establecer relaciones, y a pesar de que no había ningún compromiso nos guardamos respeto mutuamente.

Los días pasaron y yo al fin le planteé a María si quería ser mi compañera de toda la vida. María y yo nos casamos. Una de esas tardes hogareñas, en que yo llegaba de un día de trabajo intenso en el hospital, María me llamó para darme una sorpresa. Me había preparado de cena mi plato favorito, y me daba a coger el gusto de lo que cocinaba para mí, con su propia mano. Yo me quedé paralizado como aquella vez frente a la puerta de mi casa, cuando la ví llegar y pensé que la historia se repetía. Sí, pensé que se repetía aquella escena de comunión, de amor entre María y yo aquella tarde cuando éramos niños y ella me daba a morder una cereza como si fuera Eva. ¿Eva? ¡Sí! ¡Eso es! Eva, la he encontrado; María era mi Eva, aquella mujer perfecta que yo había esperado, hasta había vivido con ella, era mi mujer y yo no lo había descubierto.

En ese bello momento al fin se había consumado la frase más importante de mi vida: "El mundo sí es pequeño". Ahora sí lo comprendía, lo vivía, lo sentía en lo más profundo de mi ser.

Después de explicarle todo a María y decirle que ella era mi yo hecho en carne de mujer, que era mi compañera, nos recostamos juntos en un sofá que teníamos frente a un ventanal. Allí, en un tenue sopor, nuestras mentes se alejaron en nuestros pensamientos muy lejos de allí, y estallaron varios besos, mientras afuera empezaba a llover fuertemente y a relampaguear.

A mí siempre me gustaron las lluvias y mientras más fuertes más me gustaban, pero aquel sentido de las cosas del mundo que yo tenía había cambiado.

Ya la lluvia no era tan misteriosa como parte en sí del mundo, para mí. Ya yo había descubierto el mundo, ya no era él para mí, sino yo para él. Me sentía vencedor y también me sentía como si hubiera cumplido con un gran deber. La lluvia ahora me hacía sentir así, un vencedor.

En ese momento la lluvia era como un arma, un instrumento del mundo para detener el tiempo y así nadie pudiera descifrar sus misterios y sus acertijos. La lluvia nos recoge en la paz del hogar y paraliza el tiempo, como para que éste no pasara y así proteger el mundo. Lo único es que la lluvia para mí había llegado tarde, porque yo ya lo sabía todo.

No sé si después de la primera vez que supe y que viví que el mundo era pequeño, llegará una segunda vez, pero la primera ya estaba ahí, a pesar de todo y de la lluvia.

María seguía acostada en mi pecho y yo la tenía a ella, y a mi nuevo conocimiento.